lado de los notables Ortega y Perca, en el importante periódico satírico el *Gil Blas*, dirigido por Valera; cabiéndole la satisfacción de que sus trabajos fueran del agrado del público y elogiados por los inteligentes. Probó después sus fuerzas en la acuarela, con tan buena suerte, que pronto dominó el género, alcanzando extraordinario éxito, entre otras, *La Cacería de pollos en Fauja*, *Las sotas* y *El Prado en el día del Juicio final*, no sólo por la facilidad de la factura, sino también por la gracia é ingenio que revelaban en su autor; obras adquiridas inmediatamente por personajes muy visibles de la Corte, tales como la Duquesa de Medinaceli y el Conde de Chiquena.

A propósito de dichas acuarelas, dijo el autorizado don Emilio de Santos, al describir el chalet que esa ilustre dama se hizo construir en su fábrica de resinas «Angela María», lo siguiente: «Si queremos ver la mano de la Duquesa, contemplemos la cerámica de Deck, en el salón, y las acuarelas de Llovera, el catalán, en el escritorio general de los caballeros. Ni Martino ni Alarcón ni yo las conocíamos, y no sería justo si no aprovechara esta ocasión para alabarlas. La fantasía de Llovera se remonta á gran altura y su iniciativa es inagotable. No dudamos en asegurarlo: si Llovera, que, según tenemos entendido, está encerrado en una botica de Barcelona, quiere dar días de gloria á su patria y que dentro de poco no se eche de menos á su compatriota Fortuny, dé rienda suelta á sus impresiones y haga acuarelas realistas, como las que posee la Duquesa de Medinaceli.» (Véase, en apoyo de lo expuesto, el número del *Fomento de la Producción Nacional*, correspondiente al 25 de Septiembre de 1875.)

Terminada su carrera científica, el ya reputado pintor abandonó la coronada villa, y tras de algunas cortas residencias en su país natal, por el que sentía acendrada pasión, y varios viajes á París, á donde le llevara el deseo de conocer los museos, al par que perfeccionarse en el estudio del

JOSE LLOVERA EN SU TALLER.

agua fuerte, fijó su residencia en Barcelona. De aquella época (años 71 y 72,) data verdaderamente el renombre artístico de Llovera; siendo en el período del 75 al 95 cuando produjo sus cuadros más notables, de los cuales nos ocupamos en artículo aparte.

Dotado de un carácter tímido y llano, gustaba poco de exhibirse, rehuyendo las exposiciones y certámenes con marcada insistencia. Complacíase en departir con personas ilustradas, sobre materias de arte, llevando su modestia hasta el extremo de atender cuantas observaciones le hacían, aun las menos competentes.

Poseía además una condición inapreciable y rara, con perdón sea dicho: la de respetar por igual á sus compañeros de profesión, sin que le mordiera el áspid de la envidia, al presenciar sus triunfos, ni sacara partido de sus errores. Nunca se dió el caso en él, y cuidado que en la fecha de referencia le tratábamos muy íntimamente, de señalar donde le oyeran los defectos que tal vez hallara en cuadro ajeno; tanto más meritorio cuanto que no siempre era pagado en la misma moneda.

Pero si en determinados círculos la personalidad artística de Llovera fué hasta cierto punto discutida, el público, en general, no le regateó el aplauso ni el favor, solicitando sus obras como pan bendito; pues no buscaba perfecciones, negadas á la mano del hombre, sino la belleza peculiar de cuanto producía la suya.

No se limitó á España su mercado; por el contrario, vendía á mejor precio y en mayor escala al otro lado de los Pirineos; acosándole los *amateurs* y editores con incesantes pedidos que servía últimamente desde su modesto taller de Reus, á donde se retiró en definitiva, atraído por el amor á la patria chica... y como si presintiera su próximo fin.

Víctima de breve y traidora enfermedad, relativamente joven y cuando más se esperaba de su talento, bajó al sepulcro en 7 de Noviembre de 1896, dejando sumida en el mayor desconsuelo á su familia, que siempre había recibido de él patentes pruebas de entrañable cariño, y apenando el corazón de los numerosos amigos que todavía deploran su prematura muerte.

. . . . . .

Tal fué, en vida, José Llovera; quien, según la opinión textual de un muy respetable crítico, consignada á raíz del infausto suceso en el decano de los diarios barceloneses, «figuró en primera línea entre los artistas españoles contemporáneos, por la facilidad y elegancia de sus cuadros al óleo, de sus acuarelas y de sus dibujos, en los que muy pocos le aventajaban.»

SALVADOR CARRERA

LIGERO JUICIO CRITICO

DE LAS OBRAS DE LLOVERA

DESDE que en 1872 fijó su residencia en Barcelona, dedicóse exclusivamente á la pintura, debutando con las lindas acuarelas que tanto llamaron la atención en los aparadores de casa Manté, en la calle de Escudillers. Sus cuadritos ofrecían un encanto singular por la elegancia y distinción, aun cuando cierta endeblez en el dibujo acusara la falta de estudios serios en el autor; pues, como queda dicho, la poderosa imaginación de éste no podía sujetarse á los estrechos moldes académicos; de lo cual se resentían sus obras. Pero es justo consignar que, atendiendo á las indicaciones de leales consejeros y á la crítica razonada, puso desde entonces tenaz empeño en dar corrección á la forma, hasta el extremo de padecer verdadera obsesión por el natural. – Sus últimas creaciones probaron que lo había conseguido del todo: hay en ellas personajes tan diestra y sólidamente ejecutados que no desdeñarían firmarlos muchos de los que han sobresalido en el dibujo de figura; verdadera piedra de toque para graduar los quilates del mérito artístico; escollo en donde se estrellan pintores muy afamados en otras especialidades.

Lanzándose luego de lleno á la pintura de género, produjo cuadros al óleo, recomendables por su interesante asunto, la elegancia de la línea; la feliz agrupación de las figuras — en cuyo particular fué maestro indiscutible — y la difícil reproducción de aquellas fugaces actitudes que daban á sus lienzos una vida, un movimiento y una gracia encantadores. Entre sus cuadros de importancia, figuran los siguientes:

LA BOTILLERÍA. Avaloran su mérito, el sabor de época y la naturalidad de la composición.

LA VISITA AL TALLER: Estuvo expuesto en Madrid, alcanzando justos elogios de la prensa, que vió en esta obra un felicísimo conjunto, verdad en el colorido y asunto intencionado; pues Llovera, sin atribuir á sus cuadros fines sociales de trascendencia, procuraba que el pensamiento fuese pasto del espíritu, como la brillante forma en que lo exponía era deleite de los ojos. Representaba el estudio de un pintor — riquísimo en detalles — donde éste recibía la visita de una familia aristocrática, mientras estaba copiando un grupo de *soberbios* mendigos; sabiendo sacar del contraste hábiles efectos.

UN PALCO EN UNA PLAZA DE TOROS: Rebosa vida y movimiento, siendo tan conocido que excusamos su descripción.

EL BAILE DE CANDIL: Fué indudablemente uno de los que más nombradía le dieron, pues prescindiendo de ciertos efectos de luz inexplicables, halla el espectador en él una gracia infinita, tanto en la línea como en la agrupación.

Los dos bailarines, nota culminante, son un modelo de destreza en la factura, y producen la exacta impresión del movimiento.

LOS REGALOS DE BODA: Este cuadro, de costumbres modernas, representa á una aristocrática novia en el momento de enseñar á sus amigas las joyas, vestidos y demás presentes nupciales con que ha sido agasajada. Hay en él mucha seriedad y elegancia, descubriéndose en su sólida ejecución un estudio detenido de cada figura.

EL CARNAVAL DE MADRID: Escena de nuestros días, relacionada con el título. Lienzo de gran valía.

Las actitudes de las engalanadas damas que ocupan un lujoso *landau*, están tomadas de la vida real; así como la postulante estudiantina y la muchedumbre de mascarones y curiosos que las rodean.

A DONDE VA LO BUENO: Acuarela muy firme en el dibujo y brillante de color, espontáneamente adquirida en la exposición Bosch de Madrid por el malogrado Don Alfonso XII, sin intervenciones oficiosas de ningún género; y que la infanta Doña Paz tuvo la delicadeza de recordar á Llovera en un viaje de éste á Alemania.

JOSE LLOVERA — LA COMEDIA MARAVILLAS

EL BAUTIZO: Acuarela que muy pronto se hizo popular y en que figura una interesante agrupación de personajes de ambos sexos con casacón y mantilla, alrededor de la bautismal pila, teniendo por fondo el trascoro de una catedral.

VUELTA DEL BAUTIZO. Representa la escena que se produce al regresar la comitiva del templo, cuando el padrino, cariacontecido, por no saber en que forma llevar con mayor delicadeza y cuidado al tierno infante, preséntalo á la madre, que gozosa le espera. Aquél, lo mismo que la madrina, son preciosas figuras, diestra y elegantemente dibujadas; así como el séquito, rico en detalles de indiscutible realidad.

Además de los mentados, que fueron adquiridos por distinguidas familias de esta capital—Vidal y Ribas, Enrique Carbó, Arnús, etc.,— otros muchos cuadros, cuya descripción no cabe en los estrechos límites de esta ligera crítica, dieron á Llovera renombre muy merecido en su patria, renombre que trascendió en breve á los principales centros artísticos de Europa; llegando á alcanzar lo que pocos logran: personalidad propia.

Decía Güell y Mercader en 1877. (*Ilustración Española y Americana*, número XXXVI, 30 Septiembre. — Los pintores catalanes en nuestros días).

«Es el pintor hoy de moda en Barcelona sin ser el mejor de los que allí residen; se le augura porvenir si continúa trabajando y no se deja arrastrar por el tentador afán de satisfacer los pedidos de los negociantes; escollo en que el malogrado Fortuny rozó más de una vez las poderosas alas de su genio.»

«Ecco il problema», diría Hamlet. Por una parte, la legítima vanidad del artista solicitado, y por otra, las obligaciones que voluntariamente le impusiera su bondadoso corazón y las necesidades de la vida, á consecuencia de las cuales solía exclamar con humorística melancolía. «Lo más difícil del arte es vivir de él» — hicieron que el afán á que aludía el señor Güell le impidiera estudiar y acabar bien los cuadros destinados al comercio, ya fuesen estudios de caballete, simples *bibelots* para decorar saloncitos ó *boudoirs*, ú originales cromolitográficos para las grandes casas de Berlín y Francfort; que si le rendían bastante provecho, no aumentaban ciertamente su fama.

Pero el *amateur* inteligente y de recta intención, sabrá distinguir entre estos trabajos comerciales y las obras de arte que pregonan su verdadero talento.

Sus obras gozaban de gran estima dentro y fuera de España, particularmente en Bélgica y Alemania; mercados á que con preferencia acudía.

JOSE LLOVERA — BAILE FLAMENCO

Los editores nacionales y extranjeros tomaron á gala reproducir en sus ilustraciones los trabajos de Llovera porque agradaban á sus suscriptores.

La *Real Academia belga de Acuarelistas* le nombró espontáneamente y por unanimidad, miembro honorario, en Febrero de 1881.

En el aguafuerte era muy hábil, y gallarda muestra dió de ello en los que publicó la *Viuda Cadart de París*, SORTIE DU BAL MASQUÉ, LA BUENAVENTURA, LA BOTILLERÍA, LA PLAZA DE TOROS y especialmente LE MODÈLE, en la que se lee el singular epígrafe:

«J'avais une fois un modèle
qui était plus artiste que moi.»

Ilustró multitud de obras, entre otras *Los Sainetes de don Ramón de la Cruz;* á propósito de los cuales recordamos la observación ó extrañeza harto general de que Llovera, esencialmente catalán, pintase trajes y costumbres de majas y chulos, toreros y flamencas.

Aparte de que no fué éste sólo el género á que se dedicó, pues ha dejado muchas obras valiosas, en que se reflejan la vida moderna y figuran personajes de una clase social muy distinta, tomemos en cuenta lo que acerca de este punto indicó acertadamente Bassegoda. «El génesis artístico de Llovera se explica por su estancia en Madrid, durante la cual tanta admiración le causaron las obras de Goya, la lectura de los sainetes de don Ramón de la Cruz, y las novelas tan en boga de su amigo el eminente Pérez Galdós, en que revivía toda aquella pintoresca época de Carlos IV y principios del siglo actual.

JOSE LLOVERA

LA BRISCA

JOSE LLOVERA

BAILE EN UN PATIO

A eso se debe, sin duda, el que se dedicase con preferencia á un género que le permitía no perder de vista á los dos astros de primera magnitud, sus maestros Goya y Fortuny.

En donde Llovera alcanzó más aplauso fué en Alemania, al exponer sus cuadros en casa Schulte y otros *marchands*. El renombrado escritor Paul Lindau le presenta al público berlinés como al pintor español por excelencia, el Alfredo de Muset del color; (*Berliner Tageblatt*,—Enero, 92); Ludwig Pietsch, el primer crítico de Berlín, llamó en sus escritos, la atención del público sobre el talento notable de Llovera, y los periódicos berlineses elogiaron EL CARNAVAL EN MADRID, destruído por un desgraciado accidente.

No hay para qué hablar de la exposición que en Abril del año pasado organizó don Juan Bautista Parés en el salón de la calle de Petritxol que lleva su nombre, secundado por la familia del difunto pintor. La mayoría de los periódicos locales, al dar cuenta de aquel acontecimiento artístico, reconocieron que había obtenido un éxito franco y brillante. En ella figuraron la mayor parte de los cuadros que en este número reproducimos, á saber: DE PASEO; ¿VIRTUOSE?... BAILE FLAMENCO, LA BRISCA, BAILE EN UN PATIO, EN EL BALCÓN, LOS DOS MODELOS, etcétera, etc.; y no hay tampoco porque repetir el juicio que de la prensa merecieron. Mencionaremos únicamente lo que, como remate del suyo particular, insertó sobre dicha exposición el erudito don R. Casellas:

«Pero de los dibujos de Llovera y de todas sus obras en general se destaca en primera línea la *soberbia* ALEGORÍA DE GOYA producida en los postreros días del pintor. Es una apoteosis del gran satírico, representado con la paleta y el látigo en la mano, como pintando y fustigando á un tiempo á aquella sociedad decrépita y viciosa que, entre muecas y sollozos, alaridos y carcajadas, hormiguea jadeante á sus pies, como en una noche siniestra de aquelarre universal. Majas y duquesas, abates y señorones, petrimetres y chisperos, damiselas y rameras, corchetes y alguaciles, rufianes y busconas, hechizados y relapsos, ajusticiados y congregantes, duendes y brujas y condenados se hostigan y se empujan, se cosquillean y se persiguen, se besan y se apuñalan, se saludan y se roban, se acarician y se escupen, en un delirio de pesadilla monstruosa, engendrada por la visión de un mundo que se viene abajo.»

Con motivo de tal exhibición varios periódicos indicaron la conveniencia de que nuestra corporación municipal no dejara escapar esta ocasión de adquirir la citada ALEGORÍA DE GOYA para su museo; opinión en que coincidimos, seguros de que Barcelona entera aplaudiría esa determinación.

Llovera decidió últimamente presentarse ante el público parisién, organizando al efecto una exposición en casa George Petit, — rue Godot de Mauroi — en la que exhibió su precioso cuadro EL PASO DE LA PROCESIÓN, en unión de otros varios que entusiasmaron al numeroso y distinguido público que desfiló ante ellos. *Le Gaulois*, *Le Figaro*, *Le Journal* y otros periódicos hablaron de ella en tono encomiástico, y el mencionado cuadro se vendió por un crecido precio. La crítica francesa, retraída siempre que ha de juzgar por vez primera á un artista exento de recomendaciones, gustó de las obras, ofreciendo ocuparse de Llovera en una segunda exposición; la cual desgraciadamente no tuvo lugar por haber segado en flor, cruel enfermedad, la existencia de éste, cuando más prometía su fecundo ingenio y su reconocida inspiración.

JOSE LLOVERA. — EL PRADO DE MADRID EN EL DÍA DEL JUICIO FINAL.

La culta ciudad de Reus, quiso perpetuar la memoria de su preclaro hijo, poniendo su nombre á una de las principales calles; y guarda, como recuerdo de Llovera, en el baptisterio de la iglesia parroquial el hermoso lienzo BAUTISMO DE JESÚS; en el ayuntamiento un magnífico retrato del general Prim; y en el «Círculo» un interesante cuadro de costumbres españolas.

***

DRAMAS CONYUGALES

CREEDLO; en el fondo de esas obras literarias que ora distraen vuestra imaginación, ora os conmueven con sus dramáticos episodios, palpita algo arrancado por el artista á la realidad.

La tarea del novelista y del dramaturgo consiste en dar forma, en vestir con el rico ropaje de las galas imaginativas, verdaderas historias, y en disponer las situaciones para que resalten los efectos.

Nunca llegará la inventiva á imaginar dramas como los que la vida real nos ofrece.

Y está la prueba en la siguiente historia.

Encerradla en el marco del proscenio, y tendréis un drama á la moderna, con su tesis social.

Ampliadla con un estudio psicológico de caracteres y con episodios incidentales, y tendréis una novela interesante y conmovedora.

Ciertamente que si la obra resultara inverosímil culparíais al autor, cuando es la realidad misma la que se complace en ofrecernos incidencias increíbles; á menos que admitáis conmigo que hay algo providencial en esas casualidades novelescas.

Era una noche de invierno, en Madrid.

El viento del Guadarrama, que llevaba suspendidas partículas de nieve, azotaba el rostro de los transeuntes con latigazos de frío.

No por eso las calles se veían desiertas, no. El invierno es la estación de los ricos, de los afortunados que pasan las veladas en los salones, en los círculos y casinos, en los teatros y cafés.

A la puerta de estos establecimientos es frecuente ver algún pobre vergonzante, con tanto frío en el alma como en el cuerpo, que espera recoger algunas migajas de aquellos festines de la vida.

Ernesto acababa de salir del *Veloz-Club*, cuando antes de llegar á la esquina de Fornos, una pobre mujer, oculto el rostro por una vieja toquilla, le pidió una limosna, con tal acento de cortedad y temor, que bien dejaba adivinar la falta de costumbre y la emoción de la vergüenza.

Sacó el joven, porque Ernesto era joven, una moneda del bolsillo, y la puso en manos de la mendiga.

Aquella mano que recibió la limosna, era blanca, fina, suave, casi aristocrática.

Ernesto fijóse entonces en aquella mujer, y vió que era joven y bella, á juzgar por los detalles que la toquilla dejaba al descubierto.

No sabemos qué indiscreción diría Ernesto á la pobre muchacha, que ésta rompió á llorar en amargos sollozos.

Era Ernesto un joven, como tantos otros de la buena sociedad, de carácter ligero y alegre; pero de fondo generoso y noble, capaz de todas las ternuras y de los más puros sentimientos.

Arrepentido en el acto de haber ofendido con una frase imprudente á

aquella infeliz, solicitó su perdón, preguntándola, al mismo tiempo, por qué se exponía á tales desatenciones, pidiendo limosna.

—He pedido trabajo y no lo encuentro,—contestó la niña.—Mi pobre madre se muere, y pido limosna para ella, no para mí.

Fueron dichas estas frases con tal acento, con tan severa dignidad, que Ernesto saludó respetuosamente á la mendiga.

Y sacando una tarjeta, se la entregó, diciendo:

—Vaya usted á mi casa; no pregunte por mí, si de mí desconfía, sino por mi madre, la marquesa de R..., que es una santa, y le dará trabajo y protección.

Y con esto se alejó, afectado por aquella desventura, y satisfecho del bien que acababa de realizar.

Al día siguiente, la marquesa, prevenida por su hijo, dió trabajo en su propia casa, como costurera á María, en la que por cierto encontró una joven de educación esmerada y de belleza ideal.

Tal vez la marquesa hubiera hecho mejor en socorrer de lejos á la muchacha, en vez de retenerla allí, cerca del joven que la veía á diario, y admiraba aquella belleza lánguida, aquella resignación sublime.

El lector adivinará que Ernesto se enamoró apasionadamente de María.

Y como él era joven también, de arrogante apostura, de trato afable y caballeresco, nada de extraño tiene que en silencio fuera correspondido.

¡Lucha espantosa para el corazón de María!

Dejar de ser honrada, imposible. Y soñar en ser la esposa del hijo de un marqués, más imposible aún.

El marqués era un hombre de carácter seco y adusto.

Allí, en su casa, en la intimidad de la familia, parecía separado de su esposa y de su hijo por un valladar infranqueable.

Un día sucedió lo que era forzoso que ocurriera. Ernesto declaró su pasión á María. La joven rechazó débilmente sus pretensiones, hablando de las diferencias sociales. Insistió Ernesto, y, por fin, María, obligada por las circunstancias, declaró la terrible verdad: era hija del acaso, no tenía padre, y no era posible que el hijo de un marqués fuera el esposo de una pobre mujer sin apellido.

Quiso la casualidad que el marqués sorprendiera esta conversación y pretendió arrojar de su casa á la costurera. Tomó enérgicamente su defensa Ernesto, y la escena entre el padre y el hijo iba subiendo de tono cuando se presentó la marquesa á calmar los ánimos.

En aquel momento fué anunciada la visita de la madre de María, que repuesta de su enfermedad, quería conocer y dar gracias á la noble familia, que tan generosa protección dispensaba á la joven.

Recibida en el acto, al entrar en el gabinete y ver al marqués, exclamó, sorprendida:

—¡Arturo!... ¡Eres tú!...

El marqués palideció:

—Señora,—se apresuró á interrumpir la marquesa;—mi esposo, el marqués de R..., no se llama Arturo.

La recién llegada irguió altivamente la cabeza, y dijo:

—Ese hombre es el padre de mi hija. Si es rico y es marqués, su abandono resulta más criminal, porque ha dado ocasión á que su hija mendigue una limosna.

La situación no podía ser más dramática. La mujer abandonada reclamaba sus derechos; María encontraba á su padre; Ernesto veía una hermana en la mujer á quien amaba con pasión; resultaba un miserable el marqués, y la marquesa... La marquesa, que descubría la infidelidad de su marido, nada podía decir, porque existía entre ellos un misterio terrible, el misterio que los distanciaba.

Aquí es preciso abrir un paréntesis.

La actual marquesa de R..., era hija de un modesto empleado, cajero de una casa de Banca. Un día resultó desfalcado. Iba á ir á presidio. El jefe de la casa se ofreció á salvarle si le entregaba la mano de su hija. Esta, por salvar á su padre, rompió las relaciones con el hombre á quien amaba, y fué la esposa del banquero, después marqués de R... Ya casada, averiguó que el desfalco fué una infamia del que ya era su esposo, para obligarla al casamiento. Y ella, que no le amaba, llegó á odiarle. La separación de afectos, desde aquel instante, fué absoluta en el matrimonio. La fatalidad puso una vez en el camino de la marquesa al hombre á quien amó... Y en sus brazos lloró su desventura, y fué débil un momento, y Ernesto vino al mundo.

El marqués, que á nada temía más que al escándalo, y que por otra parte se veía obligado por la ley á reconocer como suyo al hijo nacido en el hogar conyugal, no quiso dar publicidad á su deshonra.

Y transigió con las conveniencias sociales.

Entregóse á toda clase de aventuras, y una de sus víctimas fué la madre de María... Seducción y abandono. Una historia vulgar.

El se escudaba con la ley. Esta le impedía reconocer hijos habidos fuera del matrimonio.

Y he aquí la parte más tremenda y más injusta de tal historia.

La hija del marqués, aquella á quien por *ley de la Naturaleza* le correspondían los bienes y títulos de su padre, veíase desprovista de todo derecho, y llegó á tender su mano á quien la *ley humana* concedía aquellos bienes, cuando nada le pertenecía.

Tal es la tesis de este drama de familia.

No hay para qué relatar las escenas que se siguieron á la situación culminante que dejamos expuesta.

Lágrimas, recriminaciones mutuas, conferencias, ofrecimientos de transacción... De todo ello las notas más salientes eran la desesperación de Ernesto al creerse hermano de María, y la lucha horrible de la marquesa que había de sacrificar el corazón de su hijo ó descubrirle el secreto.

El marqués resolvió esta lucha, revelándoselo él mismo.

Ernesto conoció entonces toda la historia, y no hay para qué decir que encontró disculpas para su madre.

La situación se resolvió sin escándalo.

Ernesto y María contrajeron matrimonio, aquél como hijo del marqués, sin serlo, porque tal era su estado civil, y ésta como hija de padre desconocido.

Por esta vez la obra de la casualidad enmendó la injusticia.

Ahí tenéis el drama y la novela, y, sobre todo, elementos para demostrar que si la falta de la mujer trae perturbaciones á la familia, la falta del hombre, arrojando á la sociedad seres desprovistos de todo derecho, tiene una trascendencia fatal é incalculable.

VICENTE MORENO DE LA TEJERA

JOSE LLOVERA

¡A FILIS! — SONETO.

JOSE LLOVERA

EN EL BALCON

REMEMBRANZAS

Desde el cuarto en que vivo,
cuyas cuatro paredes,
testigos de las penas que me afligen,
han llegado de mí á compadecerse,
oigo todas las noches
una voz dulce y tenue
que hiriendo gratamente mis oídos
todo mi ser conmueve.
Es la voz de una madre cariñosa
que con vaivén pausado á su hijo mece,
mientras canta con mística dulzura:
«duerme ya, vida mía, duerme, duerme.»

—

Ese canto sencillo me recuerda
los que mecieron mi niñez sonriente;
manantiales inmensos de ternura,
castísimos placeres,
sueños rosados que, á los pocos años,
venturas mil prometen,
horas de dicha que, por ser muy gratas,
fueron también muy breves,
juramentos mentidos
de amarme con delirio siempre, siempre...
En torbellino gárrulo va todo
cruzando por mi mente,
mientras el canto maternal repite:
«duerme ya, vida mía, duerme, duerme.»

—

¡Ah! ¡Dichoso aquel tiempo en que mi madre
me arrullaba, en la cuna, de igual suerte!
Huyó con rapidez vertiginosa
cual seca flor que el vendaval impele,
y ya no tienen lágrimas mis ojos
con que llorar, en solitario albergue,
de este mundo falaz los desengaños,
de la mujer amada los desdenes.

—

Por eso cuando suena en mis oídos
esa voz dulce y tenue
que, evocando recuerdos de la infancia,
todo mi ser conmueve,
exclamo enternecido: ¡Dios piadoso;
si ese angelito, á quien su madre mece,
se encuentra, como yo, predestinado
á sufrir y llorar eternamente,
líbrale del martirio que le aguarda,
haz que se duerma pronto... y no despierte!

RAFAEL RUIZ LOPEZ

COSAS

¿Quién hizo más daño á quién?
¿él que la dió un bofetón
ó ella que llorando dijo:
«maldito sea tu amor»?

—

Cuando al romper el día,
dejo el trabajo y al balcón me acerco;
los vidrios, empañados por la niebla,
no me dejan mirar el firmamento.
Entonces, anhelante,
sobre el cristal escribo con un dedo
el dulce nombre de mi bien amado,
y á través de sus líneas... ¡veo el cielo!

—

Envidio al autor primero
que el primer libro escribió,
porque nadie le diría
que lo tradujo ó copió.

LUIS DE VAL

COSAS DE ANTAÑO

Había salido mi padre mandando algunas tropas, en persecución de las partidas carlistas que por aquel entonces intentaron alterar la pacífica existencia de los pueblos de Castilla la Vieja, proponiéndose nada menos que adueñarse de la capital de la provincia. Como quien dice á las puertas, salieron á su encuentro los leales defensores de la reina niña Doña Isabel II.

Toda la gente joven y de bríos pertenecía á la guardia nacional, y ésta, deseosa de medir sus fuerzas con las huestes del Pretendiente, había acompañado á los batallones isabelinos, dejando escasamente guarnecida la ciudad; lo cual bastaba para que sus habitantes anduvieran cabizbajos y temerosos. Como que se hablaba de saqueos, de contribuciones forzosas y otras lindezas por el estilo, muy á la orden del día en los tiempos de guerra, las mujeres y niños se asilaban en los conventos, y no faltó quien en mi casa aconsejase á mi madre que debía trasladarse al monasterio de Portaceli, situado á corta distancia de nuestra morada. Mi madre rechazó la proposición con varonil entereza, pero aceptándola para mí, que á la sazón contaba cuatro años.

Mi madre estaba dotada de alma enérgica; de sentimientos elevados y patrióticos, tenía en la sangre las altiveces y el heroísmo de sus antepasados los Comuneros de Castilla y los Acuñas que en Zamora legaron inmortal histórico recuerdo, y jamás transigió con timideces y cobardías, impropias también de la mujer de un soldado, que en aquellos momentos derramaba su sangre en los combates.

En cuanto á mí no hubo ni que pensarlo, porque era preciso no exponerme á tristes eventualidades, y de acuerdo con la mujer de un médico de ejército, llamado Daviña, compañero y amigo de mi padre, se resolvió que el hijo de aquél y yo iríamos á pasar el día en Portaceli, y puesto en práctica, tomamos posesión del convento por el torno, precisamente cuando las madres se hallaban en la capilla, entregadas á sus oraciones. Hasta el templo nos condujo una hermana lega, haciéndonos arrodillar junto á una monja.

Otra hermana que á su lado estaba, se inclinó hacia élla, diciendo:

—Sor María, haga rezar á esos niños; la madre Abadesa ha dicho que el último rezo sea para pedir á Dios el triunfo de los nuestros.

—¡Ay pobrecitos de los de allá! — contestó sor María, alzando los ojos hasta fijarlos en una Virgen de talla que se destacaba al frente sobre un altar.

Con la sencillez de la infancia, que no sabe ocultar las impresiones, tomé la mano de Manolito y le dije al oído:

—Las monjas son carlistas.

—Sí que lo son, — repitió mi compañero.

Ambos quedamos suspensos, poco satisfechos del descubrimiento; y no parecerá extraño si se atiende á la situación política y al encono de los partidos, que era el tema de todas las conversaciones, y que, en el hogar doméstico, inculcaban simpatías ó antipatías en los más tiernos corazones.

He aquí explicado el por qué dos niños, uno de cuatro años y otro de siete, mirasen á las profesas con prevención.

Concluyeron las oraciones, y siguiendo á las monjas, llegamos al refectorio.

—Estas criaturas han de estar muertas de hambre, — dijo sor María, acariciándonos. — A la mesa, niños, á la mesa, — añadió señalando sitio á su lado.

—No, no; — contestó Manolito, más locuaz y despabilado que yo. — Preferimos jugar, ¿no es verdad?

Y diciendo esto, me tiraba del brazo.

—¿Y tú, monina, tampoco piensas en comer?

—Tampoco; jugar será mejor.

Y dejando sorprendidas á las monjas, echamos á correr hasta la huerta, sombreada por frondosos árboles frutales.

—¡Guindas! — grité, al ver las ramas cuajadas del dulcísimo fruto.

—¡Qué gordas y qué coloraditas!

Y al decir esto, trepó Manolito como un gato, agarrándose á las ramas bajas.

—Extiende tu delantal y recoge.

Una lluvia de guindas cayó sobre mí, y á poco trecho, ya estábamos sentados sobre la hierba, al pie de un peral, saboreando nuestro manjar.

—Mejor es esto que comer con las monjas.

—Toma, — repuso Manolito, sacando un pedazo de pan de su bolsillo. — Con las guindas estará muy rico.

—¿Y si nos dejan aquí? — pregunté, no muy tranquila por la resolución de mi compañero.

—No; no tengas miedo. A la noche comeremos en casa; prefiero tener hambre: ¿y tú?

—Yo también. ¡Ay pobrecitos de los de allá! — añadí riendo y remedando á sor María, mientras que devoraba la fruta y el pan.

De repente Manolito se levantó, y dando una carrera, llegó hasta un corral que había al frente.

JOSE LLOVERA

ALEGORIA DE GOYA

—Ven, — dijo, — ven y verás.

Corrí dejando caer las guindas que aun tenía en el delantal. Haciendo compañía á las gallinas, había en el corral unos quince ó veinte pollinos, medio asustados por el nutrido fuego de fusilería que cada vez sonaba más cercano.

Buscándonos andaban las monjas, azoradas también, no sólo por el estruendo, sino por el temor de que la batalla se resolviera desfavorablemente para los suyos, como sucedió; pues tras reñida lucha, prolongada hasta la caída de la tarde, la serena bizarría de las tropas isabelinas, y el intrépido y eficaz apoyo de los nacionales, hicieron completa la victoria.

Ya de noche nos sacaron del convento; y por mi parte, al llegar á mi casa, subí á escape las escaleras, atravesé las habitaciones, hasta dar con aquélla en que se encontraba mi padre, y saltando sobre sus rodillas le abracé, diciéndole al oído:

—Tengo mucha hambre, papá.

—Pues que, ¿no te han dado de comer las monjas?

—Sí, sí; pero no hemos querido más que guindas, — exclamó de improviso Manolito, añadiendo con gravedad infantil: — las monjas eran carlistas.

Mi padre se levantó del sillón de cuero en que estaba sentado, me pasó á los brazos de mi madre, acarició á Manolito sonriendo, y dijo á los oficiales que le rodeaban:

—Este será un verdadero liberal, por la altivez y fueros que manifiesta desde tan pequeño.

Pero faltaba lo mejor, el remate gráfico para nuestra odisea.

—En el corral de Portaceli, había quince ó veinte pollinos, — dijo de repente el padre de Manolito, distraído hasta entonces con la charla de su hijo.

—¿Quién lo dice?

—Este niño, — contestó Daviña.

Tales palabras fueron una revelación para mi padre.

—Serán para bagajes de los carlistas, — dijo: — las monjas los tienen reservados para eso.

Y dando una orden y ejecutándola inmediatamente, se procedió al secuestro de los animalejos, muy ajenos del papel importante que representaban en la referida lucha.

Y he aquí como dos niños tomaron parte activa en los sucesos memorables de aquel día.

. . . . . .

Tengo en la mente otro recuerdo ligado con el anterior, y exacta fotografía de la vida anormal y azarosa de aquellos tiempos. A pocas semanas del combate librado á las puertas de Valladolid, quedó de nuevo la antigua ciudad histórica desguarnecida de tropas, cuando de improviso oyéronse por sus calles y plazas el redoble de los tambores y las descargas de fusilería: eran los carlistas que se apoderaban de la capital castellana.

La primera medida de su autoridad fué la publicación de un bando imponiendo pena de la vida á todos los que, poseedores de armas y uniformes, no los entregasen en el término de veinticuatro horas.

He dicho que mi madre no pecaba de cobarde, y además tenía gran fuerza de voluntad para arrostrar de frente los peligros.

A la primera noticia de que los carlistas eran dueños de la población, concibió la idea de ocultar las armas y cuanto mi padre no había llevado consigo.

Un asistente fidelísimo y honrado ayudó á mi madre, y nadie sino él era sabedor del escondrijo.

Pasaron tres días, al cabo de los cuales se supo que las tropas de la reina adelantaban á marchas forzadas para obligar á los carlistas á que desalojaran la ciudad.

No hay para que pintar el júbilo de los vallisoletanos, que aumentó al saber pensaban los enemigos evacuar la capital antes de la llegada de los isabelinos.

En mi casa había inquietudes y temores. El asistente Perico, no parecía hacía más de veinticuatro horas, y puede juzgarse del espanto de mi madre al verlo entrar ataviado con el uniforme carlista.

En manos de Perico estaba su vida, puesto que podía delatar la existencia de armas y uniformes escondidos, después de haberse publicado el famoso bando.

—Señora, señora, por Dios, perdóneme usted, — exclamó; — yo no soy ni un pícaro, ni un traidor; por mi nada se sabrá, antes me maten. ¿De dónde dirá usted que vengo? Pues del cuartel, de comer el rancho de esos malditos.

—No entiendo por qué.

—Muy sencillo, señora: entre los soldados tengo un hermano mío, que al caer en quinta dejé allá en la aldea... y con él me voy; nada, no hay remedio; no podría disparar un tiro; quién sabe si aquella bala atravesaría el corazón de mi hermano.

Gruesas lágrimas corrían por el tostado rostro de Perico, de aquel soldado que tantas veces habíame llevado en brazos y á quien yo profesaba singular cariño.

Con sencillas palabras tranquilizó á mi madre; con el corazón en los labios calmó su zozobra, y al toque de marcha me besó llorando y abandonó mi casa.

LA BARONESA DE WILSON

JOSE LLOVERA

CHULA

EL FRATRICIDA

DESPUÉS de la derrota del Guadalete, los moros se extendieron por toda España y únicamente dejaron á los hijos del ibérico suelo las inaccesibles montañas.

Alzó el noble Pelayo su bandera cristiana en Asturias, é hizo lo propio el señor de Albarzuza y de Bigorra, llamado Iñigo Arista, en las montañas de Aragón.

El triunfo fué grande, pero faltaba para completar la obra empezada en el Noroeste, el inquebrantable valor del conde don Ramón Berenguer — *Cap de estopa*, — el cual, en unión de sus dos hijos Berenguer Ramón y Ramón Berenguer, arrojó á los árabes del Principado de Cataluña.

Después de continuadas victorias, el anciano reconquistador entregó el alma á Dios, dejando la herencia de la corona condal á sus dos hijos; pero como Ramón Berenguer era menor de edad, mandó que Berenguer Ramón ejerciese el mando hasta que el otro se hallase en aptitud para compartir con él los cargos de padre y Jefe del Estado.

Mahalta, hija de Roberto Griscardo, rey de Normandía, y viuda de *Cap de estopa* en segundas nupcias, tuvo de él un hijo conocido en la historia por Berenguer II, y casó con Aymerico, el cual, viudo también, aportó á su segundo matrimonio una hija llamada Hermengarda.

Formó parte de la lucida tropa del difunto conde, el valeroso joven Ramón de Folch, vizconde de Cardona, y todos ellos seguían con firme propósito en las mismas máximas é inspiraciones que de aquel héroe recibieron; mas la ambición de Berenguer Ramón hizo palidecer en la paz conquistada las glorias de Cataluña.

***

Era un magnífico día de primavera. A las puertas del Palacio condal se veía una brillante cabalgata venatoria, que al aparecer los condes herederos, partió veloz á internarse en las revueltas sendas de la sierra.

Fué Ramón Berenguer más allá de donde debiera, y Folch, que seguía á una cierva acosada, la disparó una flecha que la dejó muerta. Mas ¡cuál fué su sorpresa cuando al ir á reconocer el animal en una pequeña esplanada cercada de arbustos y jaras, vió á Ramón Berenguer tendido sobre la hierba, atravesado el pecho por un puñal!

Vanos fueron los esfuerzos del noble caballero por volver á la vida al infortunado conde.

La consternación de cuantos otros acudieron al llamamiento, no es fácil de explicar.

Berenguer Ramón se deshizo en lamentos y suspiros; y tornada en tristeza la alegría, volvieron todos á Barcelona, no menos aterrados que el pueblo, el cual al enterarse de tan triste nueva, sintió el más acerbo dolor, llorando por mucho tiempo la pérdida del conde; porque la bondad y virtudes de su carácter, completamente opuesto al de Berenguer Ramón, tenían cautivados los corazones.

Pasaron los años, y aquel recuerdo fué palideciendo merced al influjo del tiempo, menos para Ramón de Folch que poseía aquel malhadado puñal, en cuyo pomo se veían primorosamente cinceladas las armas y corona de los condes de Barcelona.

¿Fué un suicidio? No, por que el cadáver de Ramón Berenguer conservaba la daga envainada pendiente de su cinturón.

La sospecha del buen vizconde de Cardona fué comunicada á Mahalta y á su esposo Aymerico, padre, como sabemos de Hermengarda, por la que Folch sentía una inmensa pasión; tan grande como la que por la misma sentía Berenguer II, hijo, según queda expresado, de Mahalta y *Cap de estopa*; y, por tanto, presunto heredero de la corona condal.

***

Cerca de Carcasona, en los confines del norte del Principado, habitaban en su formidable castillo Aymerico y Mahalta con Hermengarda.

El Infante Berenguer visitaba á su madre siempre que encontraba ocasión para escapar á la vigilancia de su tío Berenguer Ramón, como se recordará Conde soberano de Barcelona.

También Folch visitaba cotidianamente aquella fortaleza; y al hacerlo así, dos intentos le guiaban: el primero, conspirar juntamente con otros contra la vida y trono del ambicioso fratricida, y el segundo, contemplar la sin par belleza de la hija del dueño del castillo. Pero ésta, prendada del Infante, no sentía en su corazón por Folch, sino una amistad sincera.

Vanos fueron todos los esfuerzos del Vizconde por despertar una pasión igual á la suya en el alma de Hermengarda. Con el valor propio de aquellos heroicos almogávares de los tiempos de hierro, supo imponer silencio á sus celos, dejando al Infante libre la plaza del amor. A no contenerle la obligación de vengar la muerte de Ramón Berenguer, hubiérase apartado de su tierra para buscar en las batallas una muerte gloriosa.

JOSE LLOVERA

ARISTOCRATA

Después de continuados coloquios entre los nobles conjurados, partió Folch á tierra extraña con un misterioso objeto, pero antes de partir dijo á Hermengarda: — Os amo con todo el ardor de mi corazón guerrero; pero sé que vos no podéis amarme, porque vuestro amante es el que yo pondré en el trono condal para que con él compartáis la corona que le ha sido usurpada por su tío.

Dicho esto, cabalgó y muy pronto perdióse el eco de las pisadas de su corcel en la espesura de los encinares.

Aquel rasgo de romanticismo enterneció á la sorprendida joven, pero, como Folch había dicho, era imposible dar otro rumbo á sus amores.

***